

Frente libertario

Madrid, 16 noviembre de 1938 || Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro, Se rano, 111 || NUMERO 630

MANOLIN

Un símbolo de la bravura de los combatientes

No sabemos de qué región española es oriundo; no sabemos en qué sector del antifascismo militaba; no sabemos tampoco hacia qué partido se canalizaban sus simpatías; nada de eso sabemos y nada de eso nos interesa saber. Solo sabemos su nombre, Manuel Fernández; su clase, auténticamente proletaria, el diminutivo cariñoso con que le llamaban, "Manolín", y la gesta que ha sido capaz de desarrollar, sin una duda, sin una vacilación, desde el momento mismo en que comenzara la sublevación de los militares y de las clases privilegiadas de nuestro país, contra un pueblo que sólo aspiraba a tener un poco de libertad y a gozar la vida digna a que su esfuerzo y su trabajo le daban derecho pleno e indiscutible.

Desde los primeros días del movimiento actuó de una manera resuelta y corajuda, como correspondiente a los auténticos proletarios, luchando heroicamente al lado de sus camaradas de clase. Se le vio en las primeras jornadas asturianas, intervino activamente en el asalto y toma del cuartel de Simancas, de Gijón, y desde entonces, siempre en su puesto de lucha, siempre en las avanzadas del combate, hizo toda la campaña del Norte; y cuando el Norte se cerró para nuestras armas, gracias a la descarada intervención de las potencias fascistas, le quedaron tesón, arrostos y energías para abrirse paso a través de las líneas enemigas hasta llegar al territorio ocupado por sus hermanos de lucha y clase. Esta es, a grandes rasgos, la actuación que durante estos veintiocho meses de guerra ha observado Manuel Fernández, conocido más bien por el diminutivo de "Manolín" que le aplicaban sus camaradas asturianos.

Pues bien; este caso, que no es más que uno entre muchos igualmente heroicos y ejemplares, pone de manifiesto claramente cuál es la voluntad de lucha y la firme decisión de victoria de todos nuestras trabajadores. "Manolín", que se cubrió de gloria en las acciones de la Sierra de Siévenes, cuando los invasores italianos se lanzaban sobre Santander; que más tarde supiera sublimizar su heroísmo y su abnegación proletaria en la incomparable defensa del Mazuco, de ese Mazuco que, cuando se escriba la historia de nuestra guerra, constituirá una de las páginas más gloriosas de la misma, "Manolín", que cuando

se perdió definitivamente Asturias, gracias a la cobardía de unos y a la descarada intervención de otros, logró reunirse con otros compañeros, y, juntos, combatiendo, fueron capaces de llegar a nuestras líneas, es el símbolo genuino de la decisión y firme voluntad de victoria de nuestro pueblo.

Considerando serenamente el caso que nos mueve al comentario, y teniendo en cuenta que no se trata de un caso aislado, sino del caso típico que refleja hasta dónde son capaces de llegar los trabajadores antifascistas en defensa de la libertad, justifica plenamente nuestras palabras de que sólo con el triunfo del pueblo, de que únicamente con el triunfo de los trabajadores en armas, puede terminarse la guerra. Una paz que no surgiera de esa misma victoria, indiscutible e indiscutida, un armisticio que encontrase su origen en turbias maniobras en las cuales se diera de lado al auténtico sentir de nuestros trabajadores, no sería, bajo ningún concepto, en ningún momento, una paz verdadera. Bajo la calma aparente que había de seguir a semejante armisticio, herviría el fermento de la guerra, subsistiría ésta, íntegra, total, tan dura y vigorosa como la presente. Por eso la paz, la paz verdadera y real, sólo será consecuencia del reconocimiento del triunfo total y rotundo de nuestro trabajadores.

Pierden lamentablemente el tiempo quienes pretenden especular con el supuesto cansancio que la guerra ha producido en la España antifascista; ciertamente no podemos afirmar, porque sería tonto hacerlo, que nuestro pueblo desee que la guerra se prolongue; pero lo que, desde luego puede afirmarse sin temor a equivocaciones de ninguna clase, es que los trabajadores antifascistas españoles están dispuestos a combatir cuanto sea preciso, a resistir cuanto sea necesario, para ver afirmada la claridad de su triunfo, sobre las tinieblas de dominación y de egoísmo sin alma que están ennegreciendo los horizontes del mundo entero. Este "Manolín", proletario y español, que acaba de caer defendiendo la libertad de sus hermanos de clase, la dignidad de los trabajadores y la independencia de su país, es un claro esponente de los sentimientos y de la decisión de nuestro pueblo. Y tengan todos presente, bien presente, que pueblos que son capaces de dar semejantes héroes, no son pue-

blos que puedan ser dominados por la fuerza de las armas. Estas podrán incluso imponerse momentáneamente, transitoriamente, podrá incluso llegar a parecer que los afanes de libertad y de independencia han sido dominados definitivamente por el peso del terror y de la coacción brutal. Pero esos afanes subsistirán íntegros en el alma del pueblo, y estallarán en la primera ocasión que para ellos se presente.

Entre nosotros no cabe desconocer la verdad de nuestra lucha: y hemos de hablar claro y fuerte para que todos los enemigos de dentro y de fuera de nuestras fronteras se hagan cargo perfectamente de cuál es la decisión que nos anima.

Y que todos sepan que, cuando

todo parece perdido, el pueblo español sabe encontrar en su abnegación y en su heroísmo reservas de energías y de tesón suficientes para convertir en victorias radiantes lo que parecían derrotas inminentes: como ejemplo ahí está el noviembre madrileño. Y como símbolo brindamos el ejemplo insuperable de "Manolín", el trabajador asturiano que atravesó centenares de kilómetros de tierra rebelde, hasta llegar a las trincheras desde las cuales se defendía y se continuará defendiendo en todo momento la libertad de nuestros hombres y la independencia de nuestra tierra.

Leed CASTILLA LIBRE

ESO ES EL FASCISMO

El asesinato y el robo organizado desde el poder

Von Rath vivía amablemente el otoño parisino desde su distinguido cargo de Secretario de la Embajada alemana. Como estuvo a punto de hacer el equipaje dos días antes del Acuerdo de Munich, gozaba de los encantos de París con delectación de novicio. No podía pensar que la Gestapo había puesto precio a su vida, nada ostentosa para ser codiciada. Pero la Gestapo se empeñó en destrozar el otoño a von Rath; por aquello de que estaba en París, capital que da mucho tono a los crímenes. Si hubiera estado en Praga, la Gestapo no se hubiera acordado de von Rath. A todo esto, le estamos tratando compasivamente, cuando es seguro que nos mira despectivo desde ultratumba. Puede hacerlo por dos razones, a cuál más estimable: que ha muerto, hecho un ario, por su Dios Hitler, y que su vida ha batido el record de la cotización.

Varios pájaros ha matado de un tiro Hitler, con la ayuda del cinegético Goering. Ha remediado el paro, ha engrosado sus arcas, ha creado a las generosas democracias el problema de socorrer a los judíos, que han salido de Alemania con lo puesto, y ha dado un nuevo susto, morrocotudo, a todas las almas sensibles de Inglaterra y Francia. Con el asalto a los comercios y establecimiento de los judíos ha conseguido equipar a una porción de alemanes, que veían llegar el invierno con terror, poniendo en movimiento en pocas horas cantidades fabulosas de géneros que hubieran aguardado pacientemente la llegada de los compradores. Quedándose Hitler con las indemnizaciones del seguro, ha hecho dos negocios: dar salida a géneros almacenados y trabajo a las fábricas para reponerlos. Las sinagogas y edificios de judíos incendiados le permitirán también un doble "affaire": cobrar de las Compañías aseguradoras y disponer de solares para nuevas construcciones. Como se ve, el Gobierno nazi, en una jugada maestra, ha resuelto unos meses de paro en presencia del invierno.

Pero donde Hitler ha conquistado la presidencia de honor y mérito de los gangsters ha sido en la multa de mil millones de marcos a los judíos, como indemnización por la muerte de von Rath. Por algo decíamos que el distinguido secretario de Embajada había batido el record de la cotización. No sospechaba él, cuando paseaba su continente grave por los boulevares, que valiera tanto. Ni que iba a dejar a su distinguida familia una posteridad tan ilustre. Ciertamente Hitler juega sucio, porque cotiza la vida de von Rath en mil millones y, lejos de entregárselos a sus familiares para que se consuelen, se los queda, con lo cual produce una vacante en el escalafón diplomático y cobra. Siempre por partida doble. El sino de Munich. Recordemos que cuando fué a Godesberg, Chamberlain le ofreció mucho menos que cuando volvió a verle acompañado de Daladier. Se hizo con la amistad sincera de Chamberlain, con la sonrisa de Daladier y descuartizó a Checoslovaquia.

Temblarán las esferas, se agitarán las almas sensibles, se hundirán en el abatimiento los supercivilizados de Inglaterra y Francia, protestarán los que no tengan alientos para más y Hitler habrá consolidado un nuevo golpe que le ha permitido robar una buena parte de la fortuna de los judíos, echarlos de Alemania cuando ya son pobres y pueden representar un problema para otros países, resolver el paro y poner tintes sombríos en las almas acobardadas y sin ánimo para soportar tales actos de barbarie medieval. Esto último es lo que más le interesa a Hitler, tanto como los mil millones. Porque el miedo colectivo es su mejor aliado y consejero.

La paz que desean Alemania y la Gran Bretaña

ALEMANIA QUIERE DOMINAR
PACIFICAMENTE A
EUROPA

La paz de Alemania acaba de proclamarla el sátrapa germano en su último discurso de Weimar. Es la paz fascista, el chantaje nazi, en el que son técnicos los Goebbels, los Goering y demás lugartenientes del "führer". En la capital de la Constitución alemana, rota un día con la pistola de un comandante de la Guardia de Asalto del canciller pardo, obligando a dimitir a Brüning, habló de paz —de la paz nazi—, el tirano alemán. Alemania desea la paz; Alemania quiere el desarme, pero a este desarme tiene que preceder el de las potencias occidentales. Es la táctica fascista: desármate y me desarmaré, dice a sabiendas de que la frase "Cañones, no manteca!", repetida en el Congreso de Nuremberg, fué el arma de intimidación y de chantaje de que se han valido los tragediantes, los barateros de esta Europa desmedulada, para arrancar trincheras y más trincheras a las democracias. La paz de Adolfo Hitler es aquella que le va entregando, sin lucha como hasta aquí, todos los mercados del Este, influenciando de una manera decisiva a los Gobiernos de Hungría, Serbia y Rumanía. Y mientras Inglaterra se dispone a hacerle nuevas concesiones al tirano alemán, Hitler hablará una y mil veces de paz: la paz de los cañones y del crimen, alternando sus mentidas palabras pacifistas con amenazas y nuevas exigencias.

En la última reunión del Comité Nacional Socialista se ha vuelto a hablar de los peligros que se ciernen sobre Alsacia y Lorena, con el pretexto de la campaña antijudía. Y se ha vuelto a decir que, mañana, cuando menos se lo esperen los Daladier y los Blum, Hitler hablará de sus reivindicaciones en el Oeste, como ya aireó el órgano de los autonomistas de Alsacia, diciendo que existen bajo la soberanía de la tercera República un millón y medio de alemanes que no reciben instrucción en su lengua.

Al recuerdo de tales antecedentes, que explotará este nuevo pacifista, es muy oportuno el alerta lanzado por los socialistas no conformes con todo lo que dice ese hombre que tanto daño ha hecho a la paz, monsieur Blum, a fuerza de querer evitar a Europa los horrores de una guerra dantesca. Hitler, pacifista cien por cien, pedirá más y más, mientras sigue armándose hasta los dientes.

INGLATERRA SOLO QUIERE
DISFRUTAR DEL RESTO DEL
PLANETA

Si la paz de Hitler es la guerra, la manera de trabajar por el apaciguamiento junto al Támesis es tan donosa como la del "salvador" alemán. Inglaterra quiere que el mundo viva pacíficamente, entre otras cosas porque la guerra es muy cara, además de correr peligro muchos intereses ingleses. La India, por ejemplo, que es la base de la subsistencia de la Gran Bretaña; Palestina ha venido a complicar su "mandato", con peligro de que el petróleo del Mossul encuentre obstáculos en su camino —la pipe-line que lleva el precioso líquido a los muelles del Mediterráneo oriental. A este deseo inglés de paz hay que añadir el peligro en que se halla Hong-Kong, mientras en el río de las Perlas hacen desembarcos el Japón, esperando el instante de adelantarse al reparto del Imperio colonial portugués, como nunca amenazado.

Distintas maneras de entender la paz junto al Spree y al Támesis. En Berlín quieren la paz del aislamiento de Francia y de la derrota moral de la Gran Bretaña, parte de cuyos propósitos ya consiguió el canciller pardo. En Londres se piensa en seguir trabajando por la paz como hasta aquí. Que Francia transija, dice la City. Que Alemania se contente con el reparto inicuo que viene haciendo Inglaterra de las pequeñas potencias, entregándolas al dogo alemán, como ayer se hizo con Austria y Checoslovaquia. Pero el dogo sigue hambriento, con una voracidad insaciable; todo le parece poco. La tajada de Austria, suficiente hace dos años para saciar su hambre, ya no lo es ahora, a pesar de haberle arrojado la codiciada presa checa, y quiere las colonias que tuvo que ceder por el tratado de paz el año 18. Y quiere sus colonias y una parte proporcional de materias primas; es decir, las correspondientes colonias que exigirá una vez que le hayan sido devueltas las que tuvo que entregar al ser derrotada.

Por eso Portugal, asustado, grita que le devuelvan a Alemania las colonias que le fueron quitadas el año 18; pero que no pongan sus manos las potencias en las de Portugal, ya que el pueblo encadenado por Oliveira Salazar no recibió ningún premio territorial por haberse puesto a defender la causa de la Gran Bretaña durante la Gran Guerra.

La paz sigue su trabajo. Todos quieren la paz, sacrificando a las pequeñas potencias y, a alguna que está en peligro de ser pequeña potencia también, Francia, si no reacciona a tiempo.

DIME COMO PIENSAS Y TE DIRE QUIEN ERES

Hay libros que no debieron escribirse

Así como hay cartas que deben perderse, existen libros que no debieron escribirse.

Porque se puede obrar torpemente, con debilidad, incuria y carencia de dignidad, pero la conciencia tiene que prevenirnos a tiempo. Si lejos de prevenirle a uno, le deja contar a los demás su propia desgracia, su mentecatez, es que nos alimentamos del ridículo. Cuando lo hace uno y se queda en uno; es decir, cuando no repente ni trasciende, cada uno es dueño de decir todas las majaderías que se le antojen y le consientan los demás. Pero cuando el ridículo, con categoría de escarnio, lo perciben todos, los de dentro y los de fuera los de aquí y los de allí, en el interior y en el exterior, resulta un ridículo compartido, y entonces un libro que no debió escribirse, que debió quedar inédito para que en él no se prendieran moñas y desprecios, es el acta de acusación más formidable contra la ineptitud.

VISADO POR LA CENSURA

Asombra su impermeabilidad para el ridículo y es preciso ponerle otra epidermis. Aunque fuera mejor ponerle a buen recaudo. Por lo menos se salvaría la dignidad con la misma entereza con que se defiende en los frentes. Resulta doloroso y descorazonador ver que acertamos un día a



Protestas platónicas contra Daladier y contra el fascismo italogermano

Las democracias continúan por su camino de transigencias y claudicaciones. Londres quiere apretar los lazos amistosos con Berlín. Roma anhela que la puesta en práctica del acuerdo angloitaliano le abra la bolsa de los mercaderes de la City; así el acuerdo de Munich será la gloria del primer ministro británico. Y Francia, dando la espalda a las ideas fundamentales que fueron su mayor diferenciación ideológica, gobierna al estilo fascista o hipócritamente fascistoide, como se demuestra con los decretos-leyes, haciendo una apología del sistema absolutista que están resucitando los majos de Europa. Y ante estos hechos, los más graves que registra la historia política de ningún pueblo, ¿cómo reaccionan los que no se creen contaminados del morbo del fascismo sangriento? ¿Se oponen los que se dicen demócratas cien por cien, los exaltadores de las ideas liberales, a que los regímenes que se ciscan en sus principios puedan continuar por tan vergonzoso camino? No, absolutamente. Veamos, si no.

Los tragediantes son los que gri-

decir la palabra encendida y justa, para entonar al otro una letanía de frases cobardes. El valor que derrochan nuestros combatientes no da derecho a que se juegue con el decoro de todos en nombre de falsos principios de moral, de humanismo y de simpleza.

El que no sepa defender el patrimonio de todos, porque se le desmaye el ánimo a cada instante, que no escriba. Si actúa, vale más que no llegue a nuestro conocimiento. Y si pretende —porque su conciencia le dice que hay responsabilidades— sacudirselas o repartirlas, el mal es más grave y será preciso saber qué pretende. Nosotros hemos leído muchos libros, llamados blancos, que suelen redactar los Gobiernos de naciones que, ante un suceso histórico, quieren que la Historia no se desvíe. Parece fatalidad, pero muchos de esos libros, en vez de ser blancos, resultan lilas, porque no consiguen engañar a nadie.

Con libros que no debieron escribirse ocurre otro tanto. No engañan y desprestigian. Y no se comprende que tengamos censura los periodistas y escapen otros al lápiz rojo del sentido común. Desde ahora ofrecemos un ensayo. Se toma un libro de esos a que venimos aludiendo y se le hace leer a un antifascista de cada una de las capas sociales. Si hay uno que no se sonroje, que no vea la dignidad de todos atropellada y escarnecida, ese es el autor. Y no es posible que se le deje ser censor de sí mismo. Porque la responsabilidad no la otorgan los actos y se acredita con la conducta.

fan, los que pegan y los que baten, nan la base de la democracia mundial; pero los demócratas siguen sin replicar adecuadamente, puesto que se conforman con cantar la bondad de la libertad. Así, con motivo de la persecución organizada por el nazismo germano, retrotrayendo a Europa a las tiniebras medievales, sin que la frase sea literaria como hasta hace dos años largos, en los Estados Unidos se calla, en Europa se trafica con el terror que infunde la guerra. Y si esto ocurre con los gobernantes de las grandes democracias, ¿qué hacen los trabajadores frente a estas amenazas que pueden dar al traste con su libertad y con su país? Nada o casi nada, ya que a esto equivale el que la Comisión Ejecutiva de la minoría socialista de la Cámara francesa crea cumplido con su deber, diciendo muy solemne, que no está conforme con que el sistema de los decretos-leyes sea el mejor sistema político-social. Y, naturalmente, como tales obstáculos a la dictadura naciente que se muestra al otro lado de los Pirineos, no tienen la importancia que la gravedad de aquéllos entrañan. Daladier se sonreirá de esos líderes de la socialdemocracia francesa, enemigos tan poco peligrosos mientras los trabajadores no les hagan cambiar de conducta.

En los Estados Unidos al menos, los judíos piensan realizar un boicó a todos los productos alemanes, en réplica a éstos por las persecuciones que vienen desarrollando por tierras alemanas, robando e incendiando los templos hebreos, asaltando comercios y almacenes judíos, con vista a organizar el robo, superando el gangsterismo contemporáneo. Los mil millones que se piden a los hijos de Salomón es la mayor prueba de que este procedimiento es una de las maneras que los Estados en quiebra —Alemania sobre todo— están haciendo actualmente, a fin de sanear la quebrantada hacienda alemana. La reacción que se opera en los medios del dinero judío, en Yanquilandia, es una lección más que reciben los trabajadores, demostrándoles que sus enemigos, todos sus enemigos, igual los judíos que los cristianos, o sea todos los capitalistas, tienen una sensibilidad en sus cajas de caudales superior a la de los trabajadores mansamente cruzados de brazos, si que sean capaces de hablar claro a sus líderes, a fin de que la entrega paulatina que vienen haciendo de sus ideas y de sus estómagos no siga adelante.

Son las pruebas negativas del movimiento colaboracionista de los votos del capitalismo oponen a la consolidación con las pueriles armas de la protesta o la disconformidad palabrera, para, a la hora de la verdad, votar la cuestión de confianza presentada por Daladier con motivo de la entrega cobarde hecha en Munich. Y ante esta realidad, ante esta prueba de inferioridad ruborizante de que vienen dando muestras inequívocas de impotencia las masas, nos preguntamos: ¿hasta cuándo el proletariado se dejará llevar al establo y al matadero?

S. U. de las I. del P. y A. G.-C. N. 2